

Imágenes de lo invisible

ALAIN-PAUL MALLARD

Pongamos, para efectos del paseo especulativo que aquí y ahora comienza, que: 1) lo invisible es aquello que está más allá de los límites de lo visible, y 2) que para ser visualizado, lo invisible debe ser convertido en imagen.

En lo tocante a lo invisible, no percibimos la cosa en sí, sino apenas su rastro encarnado en una imagen —lo cual conlleva, indefectiblemente, un proceso de traducción, de reducción, de adaptación—: lo invisible nos habla por parábola.

I. Historias del ojo

En su acepción más física, el acto de ver es un proceso en el que se suceden la luz, su transformación y transmisión, la imagen mental. Prodigio y misterio de la evolución, el ojo humano —que mientras no falle damos por sentado— es capaz de *ver* el espectro de la *luz visible*. Formulación, evidentemente, tautológica.

Del *continuum* de las ondas electromagnéticas —que abarca desde los cortísimos rayos gama hasta las kilométricas ondas de radio—, las únicas longitudes de onda visibles para el ser humano ocupan una estrecha franja entre los 0,4 y los 0,8 micrómetros (milésima parte de un milímetro): entre ambos se sitúa lo que llamamos luz. La longitud de onda del morado va de los 380 a los 450 nanómetros (millonésima parte de un milímetro); la del rojo va de los 620 a los 750 nm. Por encima quedan los rayos ultravioleta; por debajo, los infrarrojos. Designamos pues *luz* a un rango de energía dentro del cual podemos ver. En sus interacciones con la materia, dicha energía rebota en los objetos, entra al ojo y, tras su transformación óptico-electroquímica, produce, en la corteza cerebral, una imagen mental. La luz no es ni sustancia ni imagen; es energía: capacidad de hacer algo.

No obstante los cerca de 126 millones de células fotosensibles del ojo humano, nuestra visión se topa con otro tipo de límites: *i.e.* campo angular (130° en sentido vertical —60° por encima y 70° por debajo del eje horizontal—, 150° en sentido horizontal —aunque con la visión binocular [superposición de ambos campos] alcanza a abarcar los 180°—); dimensión y distancia; cantidad de luz presente;

tiempo (la retina consigue recibir y procesar un máximo de diez imágenes por segundo: todo lo que ocurra bajo ese umbral temporal nos resulta fisiológicamente imperceptible); gama de colores...

En el reino animal —del que formamos parte—, a distintos ojos, distintos límites de visión. La vertiginosa versatilidad evolutiva del ojo mueve a la incredulidad. La lechuza, cuyo día arranca al caer el sol, ve, vuela y caza en la negrura. La poética libélula es uno de los más implacables depredadores que la selección natural haya producido. Como a nosotros no nos pone en jaque, no nos demoramos a ponderar su feroz eficacia, pero las libélulas son, en su escala y dominios, aterradoras máquinas letales. Deben gran parte de su temible éxito a las 30 mil facetas de unos ojos compuestos, cada uno con lente individual, que permiten al caballito del diablo abarcar prácticamente los 360° de campo visual con una vertiginosa calidad de detalle: detectan una diminuta presa voladora a más de diez metros de distancia —y las diestras y poderosas alas vibrátiles, las potentes mandíbulas, hacen el resto...—. Por su parte el singularísimo anableps, pececillo tropical americano, nada en la superficie del agua dulce, la parte superior del ojo fuera, la inferior dentro. Cada uno de sus ojos anfibios dispone, para ello, de dos pupilas —una aérea y una acuática—, y dos hemi-retinas, especializadas también. ¿La lente? ¡Cambia de grosor para compensar el diferencial de refracción entre el agua y el aire! El camaleón puede rotar independientemente cada globo ocular. Dípteros, lepidópteros, hemípteros (moscas, mariposas, abejas) son capaces de ver dentro del rango ultravioleta: nuestras flores son pálidas; los insectos viven y se orientan entre pétalos harto más abigarrados y vívidos.

Así pues, en la larga historia de la vida que llamamos Evolución, la manera en que los animales percibimos la luz fue gradualmente determinada por necesidades particulares. El impulso ascensional del ser humano —la hibris de nuestra especie—, generando necesidades siempre nuevas, ha logrado ensanchar, gracias al intelecto y a la técnica, los límites de lo que podemos percibir. Hemos franqueado el punto en que la Evolución nos dejó.

Siempre clarividente, Borges abre una conferencia de 1978 señalando que los diversos instrumentos humanos (con la singular excepción del libro, extensión del espíritu) son todos extensiones del cuerpo: si la azada prolonga el brazo, el telescopio es continuación del ojo. Me gustaría asirme de la intuición borgiana y encamiñarla por otros derroteros: presentando un arbitrario puñado de hitos en la historia del sofisticado instrumental con que el hombre ha conseguido prolongar su sentido de la vista y penetrar dominios situados fuera del ámbito de la percepción directa.

Nuestra especie evolucionó para percibir aquello con lo que comparte escala. Lo cósmicamente vasto y lo atómicamente pequeño —lo *macro* y lo *micro*— nos exige complejas mediaciones.

II. *Close-up* del cosmos

Hacia 1608, corrió por los círculos enterados de Venecia el rumor de que ciertos fabricantes de lentes flamencos habían dado con una suerte de antejo —poco más que un juguete—, “merced al cual” —escribe en 1609 Galileo Galilei, el genio pisano de nombre cantarín— “los objetos visibles, aunque muy alejados del ojo del espectador, se [ven] nítidamente como si estuviesen cerca”. Encantado con la descripción del efecto, Galileo lo ponderó y dedujo que debía estar basado en la ciencia de la perspectiva. Lo pensó más a fondo y, sustentándose en la teoría de las refracciones, se fabricó, a partir de un tubo de plomo con dos lentes en sus extremidades, ambas con una parte plana pero con la opuesta cóncava una y convexa la otra. Su primer *perspicillum* superaba con creces al divertimento flamenco: los objetos aparecían tres veces más próximos y nueve veces más grandes. Incrementó entonces el aumento hasta ocho o diez (lo que se ganaba en definición, descubrió, se perdía en campo angular) y tuvo un verdadero catalejo.

En un bullicioso puerto mercante como la Venecia del 1600, el interés evidente del invento era de corte comercial: permitiría, desde una atalaya, identificar los barcos horas antes de su llegada a puerto... El Senado en pleno subió a lo alto del Campanile para una convincente demostración de las virtudes del novedoso instrumento. Pero Galileo, hombre de una curiosidad intelectual irrefrenable, decidió “olvidar las cosas terrenales y dedicar[se] a la observación de las celestes”.

“Hermosísimo y agradabilísimo es ver el cuerpo lunar”, —podemos leer (en mi caso con pasmo y emoción) en el *Sidereus nuncius* (*El mensajero sideral*)— “alejado de nosotros casi sesenta semidiámetros terrestres, tan cerca como si distase tan sólo dos de esas medidas, de modo que el diámetro de la propia Luna parezca casi treinta veces más grande”. Primera intuición de Galileo, debida al portentoso poder interpretativo de su mente: el cuerpo celeste llamado Luna no es, contrariamente a lo que dicta la doctrina, un cuerpo perfecto; no es sino un mundo rocoso más, no muy distinto de nuestra Tierra.

Para *compartir* lo visto a través de su telescopio, Galileo, lo tradujo pictóricamente. ¡Resulta prodigioso que los seis dibujos a la aguada que, entre noviembre y diciembre del 1609, Galileo hizo de las fases de la Luna hayan llegado hasta nosotros!

Pronto Galileo deja de lado el cacarizo cutis lunar para enfocar —y medir— astros mayores. La intuición se repliega ante la deducción y la inferencia. Si Venus, como la Luna, presenta fases, entonces orbita alrededor del Sol. Que Júpiter tuviera cuatro cuerpos celestes efectuando sus propias revoluciones en torno suyo y no en torno a la Tierra, mientras que él mismo describiera una órbita de doce años alrededor del Sol eran observaciones fehacientes (descubrimientos comprobables) que tenían que encajar en un edificio teórico capaz de dotar de sentido a una reunión de datos particulares. Ni la Tierra yacía inmóvil en el centro del cosmos, ni era

verdad que sólo por debajo de la esfera lunar existieran la corrupción y el cambio. ¡Qué evidente y sencillo suena hoy todo ello!

El *Sidereus nuncius* causó un sensacional revuelo —que en los círculos del poder no fue bien recibido—: un breve tratado tumbaba el cosmos geocéntrico de Aristóteles y Ptolomeo (sancionado como dogma por la iglesia), y avalaba empíricamente la elucubración copernicana de un Sistema Solar.¹ Galileo fue convocado a Roma e interrogado. No sufrió, entonces, grandes molestias. Los verdaderos problemas le vinieron con la publicación de su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo, el ptolemaico y el copernicano* (*Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo Tolemaico, e Copernicano*). Para el Papa Urbano VII no debían probarse los diseños divinos: el afrentoso nuevo libro del científico atentaba no sólo contra una concepción perfecta e incorruptible del cosmos sino contra el derecho de Dios a gobernar el universo a golpe de milagros en vez de a través de una ley natural... En 1631, Galileo fue juzgado y amedrentado por el Santo Oficio por defender una teoría que no era suya, sino de un hombre muerto 88 años atrás, qué él, gracias a sus telescopios había metódicamente demostrado. Abjuró, sí. Y, sin embargo, la Tierra se movía y se mueve.²

Del *perspicillum* de Galileo a los telescopios de Newton, el telescopio reflector de 40 pies de Herschel padre, y de ahí a colosos como el Hale de Mount Palomar (1948) o el Gran Telescopio de Canarias (2007) hay —bien que sus principios ópticos cambien y se compliquen— una línea evolutiva continua y ascendente. Pero también se designa “telescopio” a todo un enmarañado árbol de instrumentos que apuntan hacia el universo. Los más de estos no ven; detectan información electromagnética invisible (rayos gamma, rayos X, rayos ultravioleta, rayos infrarrojos, microondas, ondas de radio), que luego se cuantifica y traslada como imagen.³ Entre los observatorios astronómicos espaciales enviados por el hombre a vagar por el cosmos, las sondas Magallanes, Hubble y la flamante James Webb son, fuera de duda, los más

1 El *De revolutionibus orbium coelestium* (*Sobre los giros de los cuerpos celestes*) de Nicolas Copérnico fue publicado en 1543, año de la muerte del astrónomo polaco.)

2 Cualquier historiador de la ciencia (mi esposa la primera), me llamaría a cuentas, me pediría cordura, o me retiraría el habla si osara yo decir aquí, como en mi ingenuidad sospecho, que Galileo inventó el método científico. Pongamos pues, solamente, que el momento estelar del genio pisano estableció tres pilares de la ciencia práctica: idear y construir el aparato, observar y experimentar, y publicar resultados. Tampoco quiero empantanarme ahora en honduras epistemológicas que me superan: ¿“crea” el instrumento el fenómeno que observa?; ¿La investigación sólo “busca” validando espinosos *a priori* que dan por sentado vastos sistemas de creencias (cfr. Thomas S. Kuhn)? Si rebuzno, rebuzno de buena fe... Creo, como sentencia Maurice Merleau-Ponty en el prefacio a su *Fenomenología de la percepción*, que “lo real está para ser descrito, no construido ni constituido”.

3 Puestos en órbita fija pero apuntando hacia nuestro hogar la Tierra, los satélites de observación nos permitieron, en 1967, el más conmovedor de los autorretratos: la imagen de cuerpo entero del planeta. Sus nubes, sus mares, sus masas terrestres, los aserrados litorales... ¡Durante tres siglos, generaciones de cartógrafos nos habían preparado para esa imagen! (Véase Philip y Phylis Morrison y la oficina de Charles & Ray Eames, *Powers of Ten*, ‘107 m’.)

célebres. Que las espectaculares imágenes con que día con día este último nos roba el aliento no sean *vistas* sino *interpretaciones de modificaciones perceptibles* no supone un problema en sí, aunque entre el ávido público que las consume no muchos estén conscientes de ello. Su paleta de colores —nos advierte el artista y crítico Trevor Paglen— parte ¡de una convención anclada en el pictorialismo decimonónico!

III. *magnificāre*

La palabra “magnificar” viene del Latín *magnificāre*: alabar, engrandecer. El sentido de “aumentar el tamaño aparente de un objeto, especialmente por medios ópticos” no lo adquirió sino muchos siglos más tarde. En enero de 1665, el polímata Robert Hooke —el Leonardo inglés— publica su *Micrographia: or Some Physiological Descriptions of Minute Bodies Made by Magnifying Glasses. With Observations and Inquiries Thereupon*. Bien que el microscopio compuesto (dotado de dos lentes: objetivo y ocular), aparece en el norte de Europa hacia la segunda década del siglo XVII, la *Micrografía* es el primer asedio sistematizado del (hasta entonces insospechado) universo microscópico. Encorvado sobre su rudimentario armatoste (costosa tecnología de punta; el tubo va forrado de cuero repujado con oro), el áspero y desapacible Hooke copiaba a lápiz con gran minucia, la mano sincera y el ojo fiel, los extraños mundos invisibles que su ojo, maravillado, descubría. Las vellosidades urticantes de las ortigas, las arenillas de la orina, los feroces dientes de un caracol, las ordenadas “células” (es Hooke quien acuña el término) en una laminilla de corcho.

Penetrar escalas ajenas a la experiencia humana depara mil sorpresas. La afilada punta de la aguja ¡es roma!; el bruñido grafito en la punta del lápiz ¡tan anfractuoso como un acantilado!

Al revelar los insospechados universos de lo diminuto, la *Micrografía*, primer *best seller* científico, causó arrobos. Gracias, sí, a sus maravilladas y maravillosas descripciones, pero fundamentalmente a sus grabados en cobre: Hooke confió sus dibujos al diestro buril de un maestro grabador, quien debió interpretarlos para que el impresor pudiera reproducirlos. En su tratado, Hooke denomina a las ilustraciones “esquemas” —lo cual denota, dicen los que saben, que se trata de dibujos compuestos de distintas vistas y varias observaciones—. Se requirió pues de un novedosísimo instrumento, y luego de un proceso de traducción y una sucesión de mediaciones para tornar visible el rastro de lo invisible.⁴

La escritura secreta de los musgos. Una pulga enfundada en su bien pulida armadura (1665, año de publicación de la *Micrographia* —con su espectacular gra-

⁴ El coloide vivo, por ejemplo, para tornarse visible al microscopio, precisa ser teñido con azul de metileno, safranina o algún otro colorante que acuse el contraste...

bado, desplegable, de la monstruosa pulga acorazada— resultaría en Londres, meses más tarde, el año de la peste...).

El tratado de Hooke causó, sí, sensación. Pero no puede en sí, propiamente, considerarse una revolución: al examinar los sorprendentes ojos de un zángano, Hooke no deja pasar la ocasión de rebatir a Epicuro y sus seguidores por considerar las dispensas de la Naturaleza como productos del azar, cuando, para un observador más dedicado, “más parecen productos de la más alta Sabiduría y de la Providencia”...

IV. Y se deshizo la luz...

El mundo físico impone su propia escala de descripción. Muy por encima de la luz en el espectro de la información electromagnética, las ondas de radio, las más vastas y burdas —un radar operando en una longitud de onda de algunos metros— detectarían masa sin revelar ningún detalle.

El siguiente rango de longitudes de onda es el infrarrojo: rayos de luz que no podemos ver, pero podemos sentir. Son rayos de calor. Debemos el descubrimiento, en 1800, al inmenso astrónomo inglés Frederick William Herschel, descubridor de Urano (a quien no hay que confundir con su hijo Sir John [Frederick William] Herschel, genio y polímata él también, pionero de las técnicas fotográficas y acuñador de la palabra *fotografía*). Con un termómetro, William midió un rayo de luz descompuesto en colores por un prisma y detectó, más allá del rojo, un incremento de temperatura un grado mayor —del cual dedujo la existencia de un tipo de luz que el ojo humano sería incapaz de ver—. Andando el tiempo, a partir de su descubrimiento, se irían fabricando distintos dispositivos denominados cámaras térmicas (o infrarrojas) que permiten, si no ver, sí visualizar la temperatura. En una termografía, que permite detectar la temperatura a distancia (primero en la placa fotográfica y luego en píxeles), valores de medición de dicha “luz invisible” se trasladan a una imagen siguiendo —convención descriptiva— un código de color arbitrario. Los campos de utilidad de la termografía son vastísimos, sobre todo para ciencia e industria.

A partir de ahí comienza la luz blanca, la luz visible: el estrecho rango dentro del cual el ojo humano —*the naked eye*, se dice en inglés— puede ver, con lujo de detalle, sin recurrir a instrumentos demasiado sofisticados.

El microscopio compuesto, con su prodigioso poder de aumento, opera no obstante *dentro* del rango de la luz visible. Cito a Jacob Bronowski (a quien he mal que bien glosado en mis párrafos previos y parafraseo, también, en los subsiguientes): “Debemos comprender que el microscopio aumenta la imagen pero no la mejora: la nitidez del detalle la fija la longitud de onda de la luz. El hecho es que, en cualquier longitud de onda, solo podemos interceptar un rayo de luz con un objeto del

tamaño de la longitud de onda misma; un objeto menor simplemente no arroja una sombra”⁵.

Obtener mayor detalle exige una longitud de onda aún menor. De poder ver en el ultravioleta, habitaríamos en un fantasmal paisaje de fluorescencia. El microscopio ultra-violeta puede penetrar dentro de la célula, aumentada tres mil quinientas veces, al nivel de un cromosoma. Tal es el límite. A la escala de un cromosoma no entra ya la luz. Para ir más cerca debemos, una vez más, acortar la longitud de onda, esta vez hacia los rayos X.

V. Introspe-X-ión

En mi interior no hay —robo la fórmula a Merleau-Ponty— sino “sombras rellenas de órganos”. El anatomista flamenco Andreas Vesalius precisaba, para hurgar en dichas sombras, abrirse paso con escalpelos y serruchos. Su monumental *De humani corporis fabrica* data de 1543. Todo eso cambió con los misteriosos rayos X (donde originalmente la X representaba, como en el álgebra, una variable desconocida), descubiertos en 1895 por Wilhelm Konrad Röntgen. A partir de entonces fue posible escrutar el cuerpo humano cual si fuera un extraño vitral visto a contraluz. La medicina tardó en cobrar conciencia de la importancia del descubrimiento para luego asirse férreamente de él. Dentro del campo del diagnóstico médico, podríamos argüir que la radiología trasciende la clínica —si nos empeñamos en definir la clínica como observación directa de lo vivo—. La disciplina que explora la nueva frontera (el descubrimiento valió a Röntgen, en 1901, el primer Premio Nobel de física; por las razones que fuere, el descubridor decidió no patentar su procedimiento) se hiende en las entrañas por medios físicos que nada tienen que ver ni con la óptica ni con procesos fotográficos (un rayo X no es ya luz —y por ello una radiografía no sabría ser en colores) aunque generen una imagen. La radiología cambió nuestra percepción del cuerpo. Atravesado por rayos invisibles, sometido a la vibración de las ondas, atrapado entre campos magnéticos, emitiendo energía a partir de un medio de contraste radiactivo, el cuerpo viviente interfiere. Los aparatos y procedimientos —llámense tomografías axiales computarizadas, ecografías, resonancias magnéticas, medicina nuclear— registran dichas interferencias, que la informática calcula y el tubo catódico, los pixeles, dibujan. Un cuerpo “profundo” emerge a la superficie. Lo hacen también sus intrincados procesos: hoy es posible visualizar —me informan— el rastro de un pensamiento *in statu nascendi*, en el momento mismo

⁵ En el altero de añejos manuales de divulgación científica que consulto descollan *Powers of Ten* de los esposos Philip y Phylis Morrison y la oficina de Charles & Ray Eames, su antecedente directo *Cosmic View: The Universe in 40 Jumps* del pedagogo holandés Kees Boeke, y el siempre estimulante *The Ascent of Man* del mentado Bronowski.

de surgir...

También para la física los misteriosos rayos x ampliaron vastos aunque menudos horizontes. Su difracción, en 1912, permitió inferir, obstruyéndoles el camino, las posiciones de los átomos.

Un paso más allá queda el microscopio electrónico de barrido: disparado hacia un objeto, un haz de electrones (partículas, que no ya ondas) lo revela en sus contornos. En el ámbito de la física subatómica, las misteriosas cámara de niebla, cámara de burbujas, cámara proporcional de multi-hilos (en las que el término “cámara” designa complicadas cubas de presión aparejadas con una placa fotográfica), y otros detectores y aceleradores de partículas permitieron hacer visibles los rastros de —pongamos— la aniquilación de un positrón en vuelo tras su colisión con un electrón estático —a oídos legos como los de un simple literato, ¡la física se viste de aires metafísicos!—.

VI. Fotografiar lo invisible

Amén de “extender” al ojo, la cámara fotográfica lo imita. Se sirve del mismo principio óptico que éste: la refracción de la luz a través de un pequeño orificio y la proyección —plana, invertida— de una imagen a partir del mundo externo, real, *visible*. El afán humano de dotar de imagen a lo invisible antecedió de mucho a la invención de la fotografía, medio de alguna manera idóneo para posibilitarlo. Pensado en un sentido amplio, el procedimiento fotográfico es uno de los útiles indispensables en el paso de invisible a visible. Si aún hoy, bien entrado el siglo XXI —siglo de la manipulación digital— sigue confiándose en la fotografía como garantía de cierta objetividad, en épocas más tempranas e inocentes una fotografía tuvo valor de prueba.

Inventada o descubierta tras incontables balbuceos, la verdadera fotografía arranca hacia 1824. La foto más antigua que poseemos, la celeberrima *Point de vue du Gras*, enredo de aleros y tejados captado desde la ventana por Nicéphore Niépce, data de 1827.⁶ La exposición de la placa de estaño recubierta con betún de Judea fue, se especula, de varios días.

Hemos pasado en revista varias fronteras dimensionales que acotan la visión humana, habiendo obviado, hasta ahora, una más: la temporal. Dentro del ojo, la descomposición química de los transmisores del impulso lumínico se demora algunos fragmentos de segundo. No podemos ver algo que ocurre en umbrales temporales menores, pero esa latencia está al origen del fenómeno llamado persistencia de visión (continuar viendo, durante algunas décimas de segundo, algo

6 El Harry Ransom Center de la Universidad de Austin la protege de la oxidación en una enrarecida atmósfera de helio puro.

que ya no es). El cinematógrafo y su legión de extintos y divertidos precursores de estrafalario nombre (taumatropo, fenaquistoscopio, zootropo) se aprovechan con brío de semejante “defecto” en nuestra visión para, a partir de una sucesión de imágenes fijas, generar la ilusión de movimiento.

Con su capacidad de fijar el instante, de detener el fluir del tiempo, la técnica fotográfica logró paliar ciertas limitantes temporales del ojo y permitírnos acceder a lo invisible por demasiado breve o por demasiado dilatado. Eadweard Muybridge, inventor de la cronofotografía, logró en 1872 descomponer el movimiento en fases sucesivas. Probó, para dirimir una apuesta, que el caballo al galope tiene en un instante dado las cuatro patas despegadas del suelo. Hacia 1890, George Shiras aprovechó el rudimentario *flash* —un súbito destello de magnesio— para inmovilizar, desde una canoa y en la más negra noche, instantes fugitivos en las vidas secretas de alces, osos, puercoespines, ciervos, linceos, mapaches. Harold Edgerton, profesor de energía eléctrica en el Massachusetts Institute of Technology ideó en los años 30 del siguiente siglo un método para fotografiar objetos y fenómenos más ágiles que el más veloz de los obturadores de una cámara fotográfica. Optó por dejar, en la oscuridad, el diafragma completamente abierto y lanzar, gracias al flash estroboscópico de su invención, destellos de un millonésimo de segundo. Abrió la puerta a un mundo nunca visto, de extrañísima belleza e inusitada riqueza en el detalle. En esas ínfimas escalas temporales la película pudo registrar la bala que recién atraviesa una pompa de jabón; la delicada y efímera corona que una gota de leche, al reventar, apuntala en el aire; la intrincada telaraña de grietas del cristal que se fractura... Si bien los fines de Edgerton eran estrictamente científicos, fotógrafos-artistas pronto descubrieron potencial estético en la estroboscopia.

En el campo de lo demasiado dilatado, la fotografía de larga exposición no aspira a rebanar el instante, sino a compactar un demorado bloque de tiempo. Apuntada por ejemplo hacia el firmamento nocturno, la cámara logra representar, en la imagen de un cielo estrellado, la rotación terrestre... ¡Cuánto hubiera Galileo sabido valorarla!

VII. Otros paradigmas

Redacto el presente paseo —se habrá notado ya— sin mucho afán de sistema y trayendo a mi cajón de sastre intuiciones dispersas, propias y ajenas, y muy probablemente debatibles. En el reverso de la medalla, dentro de un segundo paradigma, quedaría aquello que es (o se vuelve) invisible no porque no *podamos* sino porque no *queremos* verlo. Nuestros prejuicios —esos otros obstáculos epistemológicos— nos lo impiden. Reflejo natural, ante el horror, cerrar los ojos, apretar los párpados, distanciarse, olvidar, negar la evidencia sensible. El desprecio del

otro, el miedo, la indiferencia, el conformismo generan puntos ciegos. Y lo marginal, aquello que ocurre en nuestras zonas de visión periférica, nos resulta las más de las veces invisible. O *invisibilizado*. Y, si *invisibilizado*, lo es porque alguien, en posición de poder, *no quiere* que lo veamos... Lo cual da a nuestro nuevo paradigma un cariz netamente político. La censura, el secreto, serían los campos semánticos de este *otro* invisible.⁷

Al constituir su léxico, la fotografía adoptó para uno de sus procedimientos centrales el término *revelar*. ¿Lo hizo a sabiendas de que el vocablo arrastra —*revelación, rasgadura del velo*— sedimentos místicos? Lo traigo a colación para evocar aún otro ángulo posible —un tercer paradigma que requeriría un ensayo aparte—: el invisible es el mundo de lo sobrenatural, ese mundo que está detrás del mundo, por el cual flotan o deambulan los espíritus. Ciertas venas esotéricas de la fotografía han tratado, con mayor o menor candor o malicia, de explorarlo. A falta del retrato de Dios (frente y perfil), han traído del más allá fotografías de hadas, aparecidos y ectoplasmas, placas fotosensibles “expuestas” con el pensamiento, cuerpos que despiden extrañas emanaciones energéticas —¿el alma?—. En una vena más antropológica y documental, este paradigma “*otro*” también daría cabida a, pongamos, parte del corpus fotográfico de Pierre Verger, testigo fotográfico en los rituales del Candomblé, e iniciado con el nombre “Fatumbi” en los misterios Yorubas...

Pero acceder a esos otros invisibles es ya harina de otro costal, y su historia habrá de ser contada en otra ocasión.

Texto publicado en Luna Córnea 38. Lo invisible, Centro de la Imagen/Secretaría de Cultura, 2022.

7 El ensayo de María Paz Amaro que abre ‘lo invisible’ en su cara oscura se adentra en algunos de esos territorios.